

No toda vida es novelesca y, por ende, no todas las existencias deben ser enfocadas de un modo novelesco. Basta simplemente saberla contar y ese arte de la narración, sencillo en apariencia, presupone acechanzas y dificultades innúmeras.

Ahora, si se quiere que la biografía sea plena de incidentes dramáticos y de peripecias capaces de conquistar un mayor número de lectores, fácil sería hacer una selección adecuada de personajes de relieve novelesco, haciéndose no colecciones de «vidas noveladas» sino de *vidas novelescas*, imprimiendo así su valor popular a esta palabra.

Y sin salir de Chile, ahí esperan a sus animadores las figuras de Francisco de Aguirre, de Santiago Arcos, de Irisarri, de Pedro León Gallo, de Ricardo Cumming, de Pérez Rosales, del Huaso Rodríguez, de los Pincheira y de tantos más.—R I-
C A R D O A. L A T C H A M.

<https://doi.org/10.29393/At55-15CLAV10015>

Carta literaria

SANTIAGO, 4 de Julio.—Señor don Raúl Silva Castro.
—Presente.

Mi estimado amigo:

No he resistido la tentación de escribirle, después de leer su artículo *Novela, estilo y teatro*, aparecido en el N.º 53 de *Atenea*.

Acaso Ud. encontrará vulgar una felicitación. Posiblemente lo sea, y tal vez nunca como en este caso por partir de quien, en las materias que Ud. trata en dicho ensayo, no tiene autoridad alguna, sino la satisfacción de ser un buen lector, aficionado, como Ud., a clasificar algunas ideas, que por demasiado trajinadas han perdido, a ojos de la gran mayoría, su verdadero significado.

Pero ¿cree Ud. que en estas materias se puede hablar de un «verdadero significado»? A riesgo de contradecirlo, me atrevería a afirmar que esa labor de clasificación y de adopción de puntos de vista determinados ante determinados asuntos estéticos, es bien inútil. Pero no por serlo deja de constituir en quien, como Ud. enuncia ideas propias al respecto, un esfuerzo loable que merece todos los parabienes de los doctos, y también de los indoctos como yo.

Sin duda, estos parabienes no excluyen el hecho de que tal vez nadie de los que han leído su ensayo se encuentre de acuerdo con Ud. Y Ud., que con tanta seriedad enuncia ideas paradójales, creo se sentirá contento de no encontrar ningún acuerdo, porque posiblemente sea esa la posición perfecta del crítico y del ensayista: un hombre inteligente que piensa y siente *personalmente*, solo, podríamos decir, frente al pensamiento y al sentimiento de los demás.

Y Ud. lo ha conseguido, como pocos quizá, en nuestro Chile. Y precisamente imagino que por esto, por el horror que debe tener a sentar cátedra, es que con la mayor autoridad, con la mayor seriedad y a ratos (¿por qué no decirlo?), con el tono solemne de un profesor que dicta su lección postrera, dice lo que piensa frente al debatido asunto que lo ocupa: la novela, el estilo, el teatro.

Su clasificación de la novela en presentativa y narrativa, la encuentro muy acertada. No creo, eso sí, que sea completa. Y lo reconoce Ud., también, al afirmar que entre ambas categorías «hay multitud de matices». Exacto. Pero, apretando su argumento, podríamos llegar a la conclusión de que en dicho género hay tantos matices como escritores, como cultivadores, como cultivadores artistas se entiende.

Y esta, acaso, sea la única realidad. La novela escapa de una clasificación de límites definidos y precisos. Como el ensayo, nadie podría indicar dónde principia y dónde termina el género.

Para algunos será el predominio del elemento imaginativo; para otros, la observación directa de la realidad; para aquéllos, la creación de un carácter y la profundización en el estudio de su psicología; para éstos, el movimiento vital de los personajes que actúan, etc., etc., pero para todos se puede afirmar que la frase del maestro lusitano no carece de exactitud ni de precisión: «Sobre la desnudez de la verdad, el manto diáfano de la fantasía».

Otra observación que puede hacerse a una clasificación tan estricta, es que otras categorías del mismo género se confunden. Así la novela descriptiva, que figura en los manuales de Retórica y Poética al uso, quedaría dentro de la que Ud. califica de narrativa. Yo creo que no puede hacerse semejante afirmación, que equivaldría a confundir dentro de un género vario, categorías especiales del mismo, que no se compenetrán. Y Ud. creo pensará lo mismo y estoy por creer que al reconocer el género narrativo ha excluído deliberadamente la novela descriptiva, tal vez por no ser categoría de sus afecciones estéticas.

Porque hay novelas narrativas que no son descriptivas y que, dentro del padrón corriente de la novela, son verdaderas obras maestras. Así *La locura de Almayer* de Conrad.

Otras descriptivas, en que el elemento descriptivo y la intervención personal del autor casi las han dejado fuera del campo novelesco y que a pesar de que el autor «entra a escena», valga su frase, no son novelas narrativas ateniéndonos al concepto que Ud. establece. Tal sería pongo por caso *El picapedrero de Saint-Point* de Lamartine.

Además en toda clasificación, amplia o estricta, se corre el riesgo de no dar cabida a especies comúnmente aceptadas dentro de un determinado género literario, como la novela descriptiva ya indicada, y el peligro mayor de excluir ciertos matices dentro del género, que por sí solos y por las obras que los señalan, constituyen, a mi juicio, categorías especiales.

Podemos comprobar fácilmente la anterior afirmación, y en esto espero estará Ud., mi distinguido amigo, de acuerdo, que aún aceptando su división de narrativa y presentativa, queda fuera otra categoría no contemplada. La que podríamos llamar «novela estática», si pasa la frase. Aquella en que, situada en el tiempo inmutable y eterno, es el tiempo el héroe, la trama, la acción, todo en fin. Aquella en que no ocurre nada y que sólo muestra, en el desarrollo de un conflicto psicológico o en la simple exposición de diversos estados de ánimo, frente a la vida misma que se desarrolla como una interminable película cinematográfica, el hecho, no por conocido menos trascendental, de que en todo momento se está cumpliendo la sentencia vieja: «Todo pasa, nada perdura.»

La obra toda de Proust, que Ud. conoce bien ¿qué es sino lo señalado?... Su mismo final *Le temps retrouvé*, ¿qué significa sino el término de una vida en que, ocurriendo todo, no sucedió nada, en que su creador, desde su lecho de asmático le dió nacimiento, desarrollo, vida y fin, en una actitud estática, contemplativa, ante los hombres, ante la vida y ante las cosas?

Otros afirman que una «re-creación» como la de Proust queda fuera de la novela. Y ante tal problema yo sólo me limitaría a repetir la frase sabia: «quién sabe»... De todos modos es un tema entretenido para ser dilucidado por algún crítico de establecida doctrina, buen escritor y aficionado a las paradojas estéticas, como Crémieux o como uno que otro chileno, que Ud. seguramente ha de conocer.

§ A ciertos cuentos de Pirandello se les puede aplicar también el calificativo de «creaciones estáticas». De los que en este mo-

mento recuerdo: *La Luz de la otra casa*, aquella pequeña maravilla que figura en *Tercetos* y más aún que al citado, al *Café nocturno*, de *El carnaval de los muertos*, en que todo el cuento se reduce a la inquietud de un individuo por «salirse de sí mismo» y encajar en cualquier forma en la vida de los demás, pues si por un minuto quedaba consigo, moría de la impresión de que a corto plazo tendría que morir a causa de aquella manchita imperceptible que llevaba bajo el bigote: el epiteloma que lo mataría.

¿No cree Ud., que examinada la idea anterior, puede ser que en parte sea razonable?

Pero sin querer estoy abusando en demasía de su paciencia, puesta a prueba con esta carta, ya tan larga.

No quisiera terminar sin insistir sobre lo que en líneas atrás me he atrevido, acaso con excesiva osadía, a calificar de «inutilidad» en su bien meditado ensayo, y con respecto a esa inutilidad, seguiré en mi atrevimiento, hasta darle un consejo.

Bien se me alcanza que nadie con menos títulos que yo para darlo, pero me impulsa a ello el aprecio que tengo de su labor, la seguridad que veo en sus escritos y la absoluta honradez—honradez aficionada a paradojas—de su actitud, esencialmente sincera, ante los problemas de la literatura en general.

El consejo sería el siguiente: ¿por qué no aprovecha sus facultades en darnos una idea clara del panorama literario chileno? ¿En mostrar lo que hay de verdadero y de postizo en nuestra literatura? ¿En precisar el lugar que deben ocupar los pocos artistas con que contamos? ¿Y una vez clasificados los artistas de nuestra literatura, indicar el orden en que sería conveniente colocarlos?

Sobre esa buena idea de inmejorable intención, aunque su cumplimiento le acarreará más de un disgusto, le dejo la contestación para que la formule en un libro, un ensayo, o un trabajo al respecto. Ud. dirá.

Me quedo con el deseo de comentar sus párrafos relativos al «estilo» y al «teatro».

Puedo decirle, eso sí, que especialmente los relacionados con el último tema, muestran, a mi juicio, una actitud muy personal y muy puesta en lo que más se acerca a la verdad actual del teatro, ya que en estas materias, como acaso en todas las otras, no existan verdades definitivas.

Le ruego una vez más que excuse esta larga carta. Pero qué hacerle... Sabe Ud. que la literatura, más que nada en el mundo, fué entregada «a las disputas de los hombres».

Le reitero mis sinceras felicitaciones por su trabajo que con

el solo motivo del interés que en mí despertó su lectura, ha dado margen a esta carta que no tiene ningún mérito sino el constituir ciertas reflexiones sinceras acerca de lo que Ud., con mayor autoridad y mayor conocimiento, ha escrito.

Acepte el cordial saludo y el aprecio que muy de veras le profesa su affmo. amigo —ABEL VALDÉS A.

La escuela rural mexicana

EL profesor de educación primaria, poeta y ex-visitador de escuelas, don Alberto Méndez Bravo, ha publicado recientemente un interesantísimo libro que lleva el título de estas líneas. Con abundantes y preciosos detalles da cuenta en él de la misión que le confiara nuestro Gobierno, en Octubre del año último, para estudiar en México la campaña que ese país ha emprendido para combatir el analfabetismo. A pesar del corto tiempo de que dispusiera el señor Méndez Bravo para desempeñar su cometido (apenas 25 días), la obra con que hoy contribuye al progreso de la educación nacional es un estudio bien meditado, no sólo referente al encargo que recibiera del Gobierno, sino también del problema social-educacional primario de México, que, si no es idéntico al nuestro, sin embargo, tiene con él muchas semejanzas.

Como tal problema se presentara más real y más arduo en los campos, el señor Méndez Bravo se siente atraído por la escuela rural mexicana; además, la hace objeto de sus observaciones y de su estudio; porque, según él mismo lo dice, “los conceptos pedagógicos y filosóficos que le sirven de base están llenos de sugerencias que pueden sernos muy útiles en los momentos actuales, ya que dentro de la reorganización general de los servicios se ha preceptuado la diferenciación de la escuela campesina y se ha dispuesto la creación de las Escuelas Normales Rurales”.

A este respecto, el señor Méndez Bravo propicia, en el comentario preliminar de su obra, una escuela rural chilena con una organización diferente de la de las escuelas urbanas.

Funda su opinión en una serie de consideraciones expuestas con suma lógica y claridad y como constituyen orientaciones de gran valor en materia de educación, he aquí algunas de ellas: